

1



como Ernestina de Champourcín, M^a Teresa León, Concha Méndez, Ángeles Santos, Carmen Conde, María Rodrigo, Elena Fortún, Victorina Durán o Hildegart Rodríguez; a las primeras abogadas, como Clara Campoamor y Matilde Huici; y a médicas y científicas, como las doctoras Aleixandre, Rosario Lacy o Nieves González Barrio. Otras muchas, sin embargo, no ejercían ninguna profesión, pero pertenecían a una élite cultural, al estar casadas con los principales intelectuales de la época. A ellas se refería Concha Méndez, en un tono burlón, como «las maridas». El Lyceum permitió, pues, la creación de una comunidad intelectual femenina estable, y logró transformar trayectorias individuales en una experiencia colectiva, generando lo que hoy denominaríamos una red cultural femenina, y una red de redes, pues muchas de ellas pertenecían ya a varias asociaciones feministas creadas en las dos primeras décadas del XX. Fue, pues, un crisol de voces diversas y de sensibilidades políticas y religiosas diferentes. Un ejemplo de respeto y de convivencia de opiniones plurales, que ya la querían para sí muchas asociaciones masculinas.

Por otro lado, el Lyceum, precisamente por esta pluralidad, no se declaró abiertamente feminista, a pesar de que en sus salones se discutió sobre la condición jurídica, política y social de la mujer y se elevó una propuesta de reforma del Código Civil y Penal al Presidente de la Comisión General de Códigos del Congreso. El

Permitió la creación de una comunidad intelectual femenina estable transformando trayectorias individuales

3



abrupta con la tradición patriarcal, sino una reinterpretación crítica de ella; su estrategia no fue la confrontación directa. El rigor intelectual fue su herramienta principal de transformación de la condición femenina.

El Lyceum estaba estructurado en diferentes secciones: social, literaria, artes plásticas e industriales, música, ciencias, internacional y, posterior-

2



mente, hispanoamericana, desde las que se organizaban un completo programa cultural. Además de las veladas musicales, se realizaron exposiciones de arte. Se celebró el primer salón de las dibujantas, donde expusieron carteles Victorina Durán, Piti Bartolozzi, Marga Gil Roësset, Delhy Tejero o Viera Sparza. En sus paredes colgaron lienzos las hijas de Sorolla, Ángeles Santos, y Maruja Mallo hizo los decorados de la obra de teatro de Concha Méndez, 'El ángel cartero'.

Y luego estaban los recitales, donde la solemnidad académica cedía terreno a la sorpresa. Uno de los episodios más recordados fue la intervención de Rafael Alberti, quien, en pleno fervor surrealista, se presentó en el Lyceum vestido como un clown, con una larga levita, cuello de pajarita y un sombrerito hongo. Llevaba una paloma enjaulada en una mano y un galápago en la otra. La escena era cinematográfica. El título de la conferencia o performance marcaba ya el tono: 'Palomitas y Galápago (No más artríticos)'. Al grito de «¡Viva la estulticia!», arremetió contra Juan Ramón Jiménez, Ortega, Pérez de Ayala y otras eminencias, mientras sus esposas escuchaban, atónitas, cómo despotricaban contra sus maridos. Se levantó una gran polémica. También dejó su huella Federico

1, 2 y 3. Collages analógicos de la serie 'Habitar lo inefable' (2023). MIRIAM MARTÍNEZ ABELLÁN

García Lorca, quien habló sobre 'Imaginación, inspiración y evasión en poesía' y Unamuno leyó su obra 'Raquel encadenada'. No todos, sin embargo, mostraron la misma disposición. Jacinto Benavente, nuestro premio Nobel, declinó la invitación a ofrecer una conferencia en el club. La negativa se ha hecho famosa: «¡Yo no doy conferencias a tontas y a locas!».

Pero no todo fue divertimento. También se llevó a cabo una importante labor social que fructificó en la llamada 'Casa del Niño'.

Surgió como respuesta a una realidad concreta: la precariedad en la que muchas madres obreras debían dejar a sus hijos, mientras cumplían largas jornadas de trabajo. En esta 'Casa del niño'—más que guardería, más que aula— se ofrecía cuidado, alimentación, higiene y una primera educación orientada por criterios pedagógicos modernos. Cada gesto cotidiano—lavar unas manos, servir un plato caliente, leer un cuento— adquiría un significado político: dignificar la infancia, afirmar que la pobreza no debía equivaler a abandono.

Pero el camino no fue fácil. El Madrid de los años veinte, tan moderno para unas cosas, se mostró cavernario para otras. La mera existencia del Lyceum Club Femenino provocó recelos inmediatos en los sectores más conservadores de la sociedad española. Las críticas adoptaron diversas formas. Desde la prensa tradicionalista se las tachaba de antipatrióticas, masonas, ateas y destructoras de la familia, cuando no de ser un foco de vicio y de perdición. Se las acusó, incluso, de tener un fumadero de opio. Bajo estas descalificaciones latía un temor más profundo: la erosión de una jerarquía social basada en el patriarcado. Con todo, estas críticas no lograron desarticular el proyecto. Al ser objeto de sátira y sospecha, el Lyceum confirmó su capacidad de alterar sensibilidades y de introducir fisuras en el consenso conservador.

La Guerra Civil interrumpió abruptamente esta trayectoria. Con el triunfo del franquismo, el Lyceum fue clausurado—se transformó en el Círculo Medina de la Sección Femenina— y sus integrantes, dispersadas o silenciadas. Se abría para muchas de ellas el largo camino del exilio exterior e interior. La represión cultural borró la memoria de aquel club. Recuperar, en su centenario, la historia de esta red de afectos intelectuales significa reconocernos dentro de esa genealogía femenina interrumpida, pero no extinguida. Nombrar hoy al Lyceum es volver a abrir esa habitación propia del pensamiento y de la amistad.